

HE
TE
RO
TO
PI
AS



Crónicas



Fotografía: Tomada por el autor

Por:
**David Julián
Afanador Pico**

Estudiante del Programa
de Antropología

Hay que vivir, aunque solo sea por un instante.
(J. W. Goethe)

*Es más fácil entender la filosofía de Nietzsche que saber dónde va
una coma.*
(Henry Miller)

Breve introducción

Mucho se ha criticado a la escritura experimental, pero los que la critican no tienen en cuenta que fue gracias a esta que nació *Rayuela*, de Cortázar. En este caso, escribí, de manera libre, una crónica de un tema de mi propio interés. La escritura experimental, además, ayuda a estimular la imaginación... De signos de puntuación y reglas gramaticales nos preocuparemos después; por ahora, lo importante es la estructura de lo estipulado: es decir, la ya mencionada crónica.

Crónica experimental

Fue a mis dieciocho años, cuando tenía mi cabello totalmente negro, sin ni siquiera un pelo de algún otro color, cuando empecé a darme cuenta de que dura más la cagada de un perro con parásitos en el estómago que la vida en sí. Y es que, si nos ponemos a analizar el tiempo que vive un humano, llegaremos a una conclusión y diremos: ¡qué poco es la

«escribí, de
manera libre,
una crónica
de un tema
de mi propio
interés»

«no solo era el hecho de que cuando dormía lo hacía como anémico, sino que, de vez en cuando, me atacaba un desesperante insomnio»

vida misma comparada con la eternidad! La siguiente historia transcurrió entre los meses de abril y diciembre del año ***. Algunos datos sí ocurrieron, otros no, o han sido modificados por conveniencia o concorde a mi memoria alcanzó.

Cuando vivía en la ciudad de ***, hubo un largo periodo de tiempo en el que no estudiaba ni trabajaba. Me sentía como una garrapata chupándole la sangre al esfuerzo que hacía mi madre. Como no tenía nada más que hacer, me levantaba a las doce del día y, además de eso, me gustaba quedarme unos cuarenta minutos más en la cama, acostado, sin hacer nada, como el propio vago que era. Ahora bien: no solo era el hecho de que cuando dormía lo hacía como anémico, sino que, de vez en cuando, me atacaba un desesperante insomnio que me hacía blasfemar en

voz tan alta que hacía que muchos de mis vecinos más conservadores me mirasen como si yo fuese el propio anticristo. “¡Me cago en Dios, quiero dormir!”, decía. En verdad que esa mierda del insomnio sí que te vuelve el cerebro avena. Por ende, para mí la mañana comenzaba a la 1:00 p.m. y se terminaba a las 6:00 p.m. Al hacer eso, los días para mí se pasaban muy rápido, por supuesto. Leí una vez en *Don Quijote*, cuando este se encontraba en las muchas de sus filosóficas y reflexivas conversaciones con su fiel amigo y escudero Sancho, que “si un gobernador quiere aprovechar de su oficio, se debe de levantar temprano”. Así, el 27 de abril, afortunadamente, pasé muchas horas de largo, sin dormir, con tal de poder organizar el horario que tenía cuando era tan solo un pendejo de dieciséis años e iba al colegio. Lo logré. Los días siguientes comencé nuevamente a levantarme a las 7:00 a.m. y a las 9:30 p.m. ya tenía sueño.

El 29 de abril me levanté no solamente con una erección tremenda, sino también con la noticia, por parte de mi madre, de que me iba a meter a estudiar inglés en

«Estando en la lectura cotidiana, se me iba toda la tarde»

***. Mi alegría de saber que iba a empezar la semana siguiente fue tan grande que me dirigí a donde ella se encontraba y le di un gran abrazo y un beso en la mejilla.

Siendo así, a partir del 8 de mayo iba todos los días a estudiar inglés, ya que fue exactamente un miércoles el día en que empecé. Recuerdo perfectamente lo impaciente que estaba por recibir las clases. Me había matriculado en las clases de 6:30 p.m. a 8:30 p.m., así que, como dije antes, me levantaba a las 7:00 a.m., ya que tenía la mañana libre para hacer mis deberes. Los días siguientes, por ejemplo, comencé a levantarme en el ya mencionado horario y, a las 7:20 a.m., me zampaba un buen desayuno; a las 7:40 a.m., estudiaba un poco o, si dejaban tareas, las hacía en las mañanas. Almorzaba luego. A la 1:30 de la tarde, leía un poco en mi casa. Estando en la lectura cotidiana, se me iba toda la tarde: leía por una hora, dos horas... tanto así que no tenía noción del tiempo y me tocaba mirar un reloj o simplemente miraba hacia el cielo para ver la posición del sol y así tener una idea de más o menos qué hora era. Me alistaba después, en un santiamén. Así como logré organizar un horario de sueño, también pude organizar, por decirlo de alguna manera, un horario intestinal: a las 4:30 p.m., exactamente, me sonaba el tripero e iba derecho al baño, a cagar. Al finalizar mi

cadada, me limpiaba el culo e iba enseguida directo a la regadera. A las 5:10 p.m. salía de mi casa ya totalmente arreglado.

Me gustaba irme temprano, ya que me tocaba tomar el autobús. Había ocasiones en que el conductor del autobús manejaba tan rápido que me hacía llegar en un abrir y cerrar de ojos a mi destino; pero había otros

«Escucharlos hablar en el idioma que enseñaban era un orgasmo auditivo»

conductores que conducían más lento que un río de semen recién salido de la uretra. Por esa razón, era precavido en irme con anticipación.

Las clases eran lo mejor. Allí se podía aprender cinco idiomas: inglés, alemán, portugués, italiano y francés. ¡Y ni hablar de los profesores! Eran autoridades competentísimas. Escucharlos hablar en el idioma que enseñaban era un orgasmo auditivo. Algunas veces iba en el horario habitual solamente para recibir las clases; pero, de vez en cuando, no iba en el horario que me correspondía, sino que solía llegar más temprano de lo

usual, ya que me gustaba estar metido en aquella institución.

Nunca en mi vida había visto, en lo que a cultura, arte e “intelligenteces” se refiere (aparte de algunos sitios culturales públicos de la ciudad), lugares como lo son las IES públicas colombianas en general. ¡Cómo amaba estar allí! Aquel era un espacio abierto, un lugar en donde había tanta diversidad cultural como libertad de expresión, un sitio lleno de gente culta, en donde podías decir cualquier cantidad de opiniones sin miedo a que la gente que te rodeaba te censurase o, en el peor de los casos, te amenazara con palabras peyorativas, como solía pasar si decías en la calle algo ofensivo hacia el Gobierno de aquél entonces. Como una vez en que un tipo se me acercó y me dijo: “¡escúchame bien, hijo de puta!, si vuelves a decir algo en contra de ***, iré a tu casa y te meteré un escopetazo en los testículos”. ¡Sí que estaba loco aquel cabrón! En aquel lugar del que les hablo, estimados lectores, no sucedía eso. Si se me daba la regalada gana de decir, por ejemplo, “¡que se pudra este nuevo gobierno de mierda!” o “¡que se vayan a la puta que los parió, los fascistas que azotan a Latinoamérica!”, lo podía decir. Era totalmente libre.

Me gustaba mucho rodearme, para hablar, con gente

de distintas carreras. Me la pasaba con historiadores, filósofos, músicos, literatos, biólogos, ingenieros, físicos, químicos, etc.; y, por supuesto, solíamos hablar de ciencia, libros, cine, arte, política y buena música.

Otra cosa que amaba de ese lugar era que allí castigaban la pendejez humana de una buena manera (cosa que no se hace en muchas de las instituciones privadas). No toleraban la ignorancia. El 18 de mayo, por ejemplo, en una clase que yo estaba observando desde afuera, a través de una ventana, una tontarrona se atrevió a decir que (y la cito) “Chopra era buen escritor”. Créanme cuando les digo, estimados lectores, que esa fue la última vez que aquella muchacha dijo eso. Todos los demás estudiantes, incluyendo yo, por supuesto, la volteamos a ver con una mirada de asombro ante semejante chorrada antes citada. La mejor parte fue la respuesta del profesor: “uy, niña”, dijo, “no tienes idea de lo que dices. Pero, no te preocupes”. Y, diciendo eso, se sacó de su bolso un libro que reconocí al instante: era uno de esos libros viejos de muy buena editorial, de Edgar Allan Poe. “Lo que has dicho no fue apropiado”, continuó, “toma este libro y salte de la clase: quiero que lo leas. Te regalo éstas dos horas de mi clase para que conozcas la buena literatura; además, con Poe es que se empieza”. ¿Lo ven? Ese fue, pienso yo, un buen cas-

tigo: la muchacha no tuvo que estar las dos horas de la clase a cambio de hacer algo tan delicioso como lo es la lectura y, en adición a eso, aprendió a elegir autores correctamente. Así es como se forma a los estudiantes. La verdad, confieso que para haber sido un lugar como aquella prestigiosa institución pensé que el profesor, de una patada en el culo, iba a sacar volando a la chica de la clase.

Como dije antes, me encantaba estar metido en aquel lugar. Las veces que llegaba temprano, me solía comer una empanada con limonada a la salida antes de entrar a alguna clase, para así tener energía antes de uno de esos duros exámenes que te hacen estallarte el cráneo y dudar de tu intelecto. Lo esencial es comerte algo antes de una labor importante, justo como en el sexo. ¡Cómo extraño, en verdad, con toda mi alma, esas empanadas! A pesar de que el 25 de mayo me intoxicqué debido a que eran algo grasosas y, si te comías más de tres de esas mantequilludas y aceitadas, pero deliciosas empanadas, o te cagabas en los pantalones hasta el punto de dejar un mausoleo de mierda o te vomitabas hasta tal extremo que sentías toda esa comida picada en trozos devolviéndose por tu garganta y después te picaba la laringe por causa de tal incidente. Aun así, eran muy buenas.

Después de comer, usualmente a las 6:00 p.m., entraba pasando los torniquetes, saludaba a los vigilantes, pasaba por las distintas facultades, para finalmente recibir una majestuosa clase. Todo lo anterior dicho mientras miraba las pinturas hechas en las paredes y escuchaba a los estudiantes de música practicar sus maravillosos instrumentos. ¡Todo un deleite!

Por esa época me empecé a interesar mucho por los libros. Era, creo yo, una obsesión. A las afueras de aquel lugar había un señor de edad, delgado y de cabello crespo, que vendía libros. Yo le compraba. Ese hombre sí que tenía joyas de la literatura y, además, no solo vendía, sino que también leía demasiado y, muchas veces, llegamos a tener breves charlas sobre editoriales y obras de grandes autores. Para inicios de junio ya tenía una colección de libros. Lo que me gustaba era el precio que tenían. Eran muy baratos, se acomodaban al bolsillo del estudiante y fue

«eran tan constantes mis visitas y mi estadía en la biblioteca que los vigilantes ya me reconocían»

gracias a eso que pude obtener obras que iban desde Darwin, pasando por García Márquez, hasta autores como Lope de Vega.

También recuerdo que me la pasaba metido en la biblioteca como una rata de estanterías. A pesar, como dije antes, de que no estudiase en ese entonces, eran tan constantes mis visitas y mi estadía en la biblioteca que los vigilantes ya me reconocían y, lo que es mejor, me dejaban estar todo el tiempo que yo hubiese querido estar allí. Incluso de noche, cuando no había ni un alma en pena, estaba yo ahí, letrándome lo más posible. Cultivaba mi ser.

Había un cuarto de la biblioteca que me gustaba en especial. Era uno de esos cuartos en los que te sentías a gusto: cómodo, silencioso, lleno de estanterías... ya sabes, esos pequeños sitios en donde puedes rascarte las bolas y estarte ahí todo el día hasta que te den ganas de ir al baño o zamparte algo de comer. Como me la pasaba metido en un cuarto pequeño lleno de libros y de archivos y de cuadernos y de polvo, con el pasar del tiempo (a finales de junio) se me pegó un hongo a la piel. Era un hongo muy parecido al que ilustra el virus de la gonorrea. En agosto, consultando con un amigo que era biólogo, me dijo que se trataba tan solo de uno de esos pequeños hongos que dejan manchas en la piel, nada grave.

En cuanto a la biblioteca, seguí yendo, en los siguientes días de agosto, a leer y releer toda clase de tesoros que encontraba: Poe, Nietzsche, Dickens, Gabo, Cortázar, Balzac, etc. Empecé a aprender, gracias a los libros, por supuesto, qué debía hacer en ciertas circunstancias o

«El estar en aquella casa era como estar en unas pequeñas vacaciones»

cómo debía reaccionar ante esto o aquello, en qué estaba pensando cada persona según su expresión, etc. En fin: supe lo más importante, que es interpretar lo que se sabe.

Como ya es sabido, entre semana iba a estudiar y los fines de semana me iba a la casa de mi novia. El estar en aquella casa era como estar en unas pequeñas vacaciones: los sábados me alejaba un poco de la lectura, íbamos de vez en cuando a desayunar, almorzar o cenar en restaurantes, veíamos cine francés, leíamos en pareja por unas dos horas y follábamos de vez en cuando. Los domingos teníamos sexo mañanero, veíamos algo en la televisión, repetíamos la sesión del día anterior o hacíamos algo distinto.

Así se pasaban los días de mi vida cuando era joven, muy joven, hasta que, debido a mis seres queridos, me empecé a interesar por una ciencia conocida como antropología. Debido a que en mi ciudad de origen no se dictaba un pregrado en dicha ciencia, busqué oportunidades y encontré otra prestigiosa institución educativa en donde podía completar mis estudios superiores. Mis padres me apoyaron con tal de verme estudiando, así que en diciembre del mismo año viaje a la ciudad de *** para hacer la inscripción. A pesar de que tuve que dejar a mi familia y demás seres queridos, pasé días bonitos que me gustaría repetir, estudiando la susodicha carrera en un lugar tan bueno y que marcó mi vida. ■

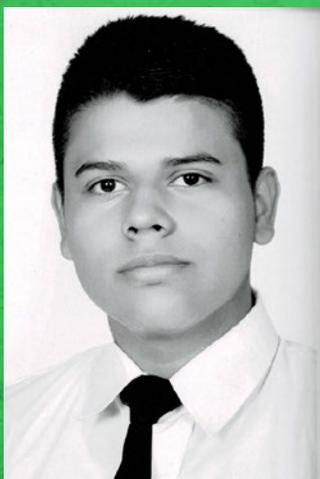
«cómo debía reaccionar ante esto o aquello, en qué estaba pensando cada persona...»

«Mis padres me apoyaron con tal de verme estudiando ...»

Memorias que enseñan: la vida de Mariano



Imagen tomada de: RESURGIR COMO EL AVE FÉNIX - Wilman Cuellar



«el juego de la vida a veces los resultados se inclinan en tu contra»

Por: Jaisson Andrés Suárez Galván

Estudiante del Programa de Antropología

Era de noche, en uno de los barrios considerados más peligrosos de la ciudad, lugares repletos de historias esperando por ser contadas; hurtos, borracheras, peleas, drogas e, incluso, intentos de asesinato. Hechos que a veces suenan irreales por lo extraordinario de lo sucedido o por las decisiones tomadas por los protagonistas de estas historias de vida. En el juego de la vida a veces los resultados se inclinan en tu contra, pero después de esa mala racha viene lo que llamamos las segundas oportunidades, esas que solo llegan una vez en la vida y esas que no podemos desperdiciar por culpa de las malas decisiones. Justo aquí, en este barrio olvidado, es donde comienza esta historia.

Corre el octavo día del mes de febrero del año 2000. A eso de las 3 de la mañana nace Mariano, el tercer hijo de doña María Victoria, a quien lastimosamente la dejó su esposo porque no tenía cómo sostener a su familia, que con la llegada de Mariano se había hecho mucho más grande. Su madre se vio obligada a abandonar las labores del hogar

para desempeñarse en lo que saliera y poder llevar la comida a su casa. Mientras su madre se mataba las manos lavando y planchando la ropa de otras personas, Mariano se encontraba en casa siendo criado por sus hermanos y uno que otro vecino que ayudaba a cuidar al niño hasta que su madre llegara.

«En su casa no contaba con momentos en los que su madre se preocupara por sus tareas»

Pasaron los años y Mariano ingresó al colegio, en donde se desempeñaba muy bien, ya que le gustaba aprender cosas nuevas todos los días. Al no contar con un padre y ver muy poco a su madre, Mariano encontró en dos amigos de la cuadra cariño y apoyo emocional. En su casa no contaba con momentos en los que su madre se preocupara por sus tareas del colegio, le preguntara qué tal la escuela, le explicara lo que estaba bien y lo que estaba mal o hablara con él cuándo tenía un problema; cosas que puede que para muchos suenen insignificantes, pero para un muchacho de 14 años son muy

importantes. En sus amigos también encontró un sitio para dar y recibir consejos; con ellos pasaba las tardes después del colegio, jugaban fútbol, hacían las tareas y se entretenían con cualquier cosa. Todo era color de rosa hasta que uno de sus amigos se mudó a la ciudad de Bogotá y el otro se fue a vivir con su padre a otro lado de la ciudad.

«Mariano solo era un joven de casi 15 años, alguien muy fácil de envolver»

Mariano se había quedado prácticamente solo. Su vida se había vuelto algo monótona y aburrida; las tardes después del colegio ya no eran lo mismo, pues sus amigos de toda la vida ya no estaban con él. Esta soledad abrió la puerta para que personas nuevas o, mejor dicho, las malas compañías ingresaran a su vida, y es que Mariano solo era un joven de casi 15 años, alguien muy fácil de envolver, ya que en esta época de nuestras vidas nos caracterizamos por ser muy curiosos. Con estas personas a las que llamaremos Pedro, David y Omar, Mariano empezó a hacer fechorías. Puede que al principio solo fueran cosas como robarse unos dulces mientras la señora de la cafetería atendía otra

persona, robarse el balón nuevo del niño recién llegado del barrio vecino o pelearse con otros muchachos por el amor de una chica, de la que en cinco años ni recordarían su nombre. Pero, como dicen los abuelos, considerados como personas muy sabias, “por algo se empieza” y lo mejor es controlar la situación antes de que se salga de las manos.

Los años pasaron, ya era 18 de marzo del año 2017. Mariano estaba completamente cambiado. Aquel muchacho inocente al que solo le importaban sus estudios y salir a jugar por las tardes con sus amigos, se había convertido en un joven altanero y un pequeño delincuente al que no le importaba nada. Diecisiete años prácticamente recién cumplidos. Ahora consumía drogas e incluso lo echaron del colegio en donde estudiaba porque sospechaban que vendía estupefacientes dentro de este. Sus amistades no eran las mejores. A Omar lo mataron cuando intentaba robar a un hombre a altas horas de la noche; la víctima resultó tener un arma de fuego y no pensó dos veces en disparar contra él. Los otros dos eran sus compañeros de fechorías y quienes le facilitaban a Mariano la droga para que se olvidara del mundo por un rato.

Con el tiempo, Mariano obtuvo un puñal, el cual usaba para robar a personas que pasaban solitarias por las

noches. El poco dinero que sacaba de esto lo usaba para consumir y justificaba las llegadas tarde a casa con un pollo asado y una gaseosa, que compraba en un restaurante de un vecino del barrio que prácticamente lo había visto crecer. Este señor le decía que lo que estaba haciendo estaba mal, que consiguiera un trabajo

«Llegó el día del hurto, del cual no diré detalles, pues como ladrón inexperto que era lo atraparon...»

legal, que dejara de lado la droga y se pusiera a trabajar con él, pero Mariano no hizo caso a los consejos. Cansado de ganar tan poco en los robos que hacía, decidió subir de nivel, así que habló con Pedro y David para que lo incluyeran en un robo que le dejara mejor ganancia. Le dieron un arma de fuego y el objetivo era un restaurante que quedaba al otro lado de la ciudad. Llegó el día del hurto, del cual no diré detalles, pues como ladrón inexperto que era lo atraparon. A él y a Pedro los vecinos los golpearon, pero antes de que llegara la policía Pedro se voló del lugar. De esos muchachos poco se sabe dónde están. La gente dice que Pedro anda

en Venezuela con el papá y que David se fue a una finca a camellar. Lo que sí se sabe es que a Mariano lo encanaron durante un año.

«...los que con el andaban se perdieron rapidito»

Llegó el día de la salida. Sus hermanos y su madre lo esperaban ansiosos en el portón. Ustedes dirán que Mariano luego de esto aprendió la lección; bueno, lo hizo por unos meses, pero luego de esto volvió a consumir y a robar. Eran las 9 de la noche, del día 6 de agosto de 2019. Mariano se encontraba compartiendo con unos amigos en una tienda de un barrio vecino. Entre risas y tragos se escuchó el sonido de una motocicleta; esa no era una buena señal. El de la moto disparó y a Mariano 5 veces hirió. El lugar quedó vacío, la tienda cerró y los que con el andaban se perdieron rapidito. Contra todo pronóstico y con 5 disparos encima, Mariano cogió todas sus fuerzas y caminó unos 200 metros hasta la esquina cerca de su casa. Con dos disparos en el pecho, dos en los brazos y uno en las nalgas, él llegó a la esquina en donde unos vecinos que compartían lo encontraron y avisaron a su familia, quienes lo llevaron al hospital.

«Una bala le perforó un pulmón y casi muere, pero él luchó por quedarse en este mundo»

Ustedes pensarán que no lo logró, pero sorprendentemente y contra todo pronóstico Mariano sobrevivió. Una bala le perforó un pulmón y casi muere, pero él luchó por quedarse en este mundo. Ahora es una persona nueva que trabaja día a día para sacar adelante a su familia. Esta historia es ahora solo un mal recuerdo para él. Y a quienes conoce, en especial a los jóvenes de 15 y 16 años, les dice que vean lo que él pasó y no se dejen llevar por las malas compañías, que estudien y salgan adelante, que la vida es muy bella para desperdiciarla consumiendo drogas y cometiendo malas acciones. 🙏



La desaparición de personas: la ausencia de Carlos Augusto

Por: Karen Martínez Ahumada
Estudiante del Programa de Antropología



Carlos Augusto Martínez Ahumada desapareció el 10 de enero de 2002.

Fotografía: Archivo personal de la autora

Muchas personas hablan de la desaparición de personas, pero no saben lo que es en realidad hasta que les toca vivirla. El día 10 de enero del 2002 desapareció mi hermano Carlos Augusto y nunca más lo he vuelto a ver, nunca más se ha vuelto a saber de él.

Vivo en el barrio 11 de noviembre de la ciudad de Santa Marta, en Colombia; uno de los barrios de zona roja en la ciudad. Desde pequeña he escuchado hablar de los paramilitares que viven en el barrio. Crecí en este barrio, en medio de las muertes y la desaparición de personas que se han dado en este lugar. Escuchar decir que un domingo Día de las Madres mataron a un muchacho en la iglesia del barrio durante la misa, escuchar a mi madre decir que cuando estaba pequeña pasaron por el patio de la casa hacia la parte de arriba muchos hombres encapuchados y con armas... mi mamá nos cuenta la angustia que sintieron ella mi papá alrededor de lo que estaba pasando. Al día siguiente, se enteraron de que habían matado a unos vecinos que vivían en la parte de arriba que colindaba con el patio de la casa. Esa casa quedó

«escuchar a mi madre decir que cuando estaba pequeña pasaron por el patio de la casa hacia la parte de arriba muchos hombres encapuchados y con armas...»

sola por un tiempo; después regresaron a vivir ahí los dueños que quedaron vivos aquella noche. Esa y muchas otras son las historias que tiene mi barrio por contar, el barrio 11 de noviembre, y una de ellas es la desaparición de mi hermano Carlos Augusto.

«...vi salir a mi hermano muy temprano para nunca más volver»

Soy de familia humilde. Mi mamá, Diosmaira, y mi papá, Adalberto, siempre han trabajado muy duro para sacarnos adelante a mis hermanos y a mí. Soy la quinta de seis hermanos. Siempre hemos sido muy unidos y felices, felicidad que se volvió dolor aquel día. El 10 de enero del 2002, vi salir a mi hermano muy temprano para nunca más volver. Cuenta mi mamá que Carlos Augusto, mi hermano, uno de los mayores, estaba estudiando en el Sena la carrera Maestro de obra, y asistía a una iglesia cristiana evangélica. En esa iglesia conoció a María, una muchacha humilde, de color blanco, cabello negro, bien parecida, que ya llevaba tiempo asistiendo a esa iglesia. Dice mi mamá que se enamoraron y se casaron. Ella quedó embarazada y, al cabo de 9 nueve meses, dio a luz a una bebé, a la que le pusieron el nombre de María, igual al de

su madre. Al casarse Carlos y María, María, su esposa, cambió extremadamente: dejó de asistir a la iglesia, pasó de las faldas y vestidos largos a blusas escotadas y short cortos. Dice mi mamá que Carlos y María se fueron con la familia de María para una finca en el Campano, en el corregimiento de Minca, Santa Marta. Allí, mi hermano empezó a trabajar en la recolección de café, puesto

«... mi hermano subió a ver a su hija y no volvió»

que Carlos trabajaba en el mercado vendiendo frutas mientras terminaba sus estudios en el Sena. A las semanas, Carlos bajó, diciendo que ya no iba a vivir con María porque ella lo estaba engañando. Pasaron los meses y la niña iba a cumplir un año de nacida. Carlos quiso subir a llevarle una torta y un detalle a su hija. En ese tiempo, recuerda mi mamá, estaban en guerra los grupos armados al margen de la ley, los Giraldo y los Rojas. Los Giraldo, cuentan unos vecinos, muchos de ellos vivían en el barrio y en Minca estaban los Rojas. Dicen que en aquellos tiempos era peligroso subir a Minca por los grupos que comandaban la zona. Ese día, 10 de enero del 2002, a las 4:00 a.m., mi hermano subió a ver a su hija y no volvió. Dice mi

mamá que ella pensó que, al no volver Carlos, él había vuelto con la esposa, que se habían reconciliado. Pero unos meses más tarde empezó la tragedia. La señora María, mamá de la esposa de Carlos, llegó al barrio. Mi mamá, apenas se enteró, mandó a mi hermana a preguntar por Carlos, pero ella dijo que no estaba con ellos, que él sí llegó, pasó un rato con la niña, dejó la torta y los regalos, y se devolvió para la casa... pero a la casa nunca volvió; mi hermano Carlos había desaparecido. Desde ese día empezó el sufrimiento de mi familia, desde ese día no se sabe nada de Carlos, desde ese día mi mamá ha pasado noches interminables llorando, con la angustia de pensar qué le pasó a mi hermano. Es un dolor que te desgarrar el alma y no sabes cómo calmarlo. Después de ese día no se había vuelto a saber de María, la esposa de mi hermano, hasta unos meses después de que la vieron unos vecinos en el mercado de Santa Marta y estaba embarazada, dice mi mamá, que hasta pensó que Carlos sí estaba allá, pero no. Una vecina que vive por la casa le preguntó por Carlos y María le dijo que no sabía nada de él. El dolor de mi mamá y la angustia de no saber de Carlos nos ahogaba en llanto. Carlos era una buena persona, solo quería estudiar para llegar a ser un profesional y así poder ayudar a nuestros padres, y sacar adelante a su hija.

«ya que mi hermano sigue desaparecido. Hace cuatro años, en el 2016, tuvimos noticias de mi sobrina, la hija de Carlos»

«nos preguntamos si algún día aparecerá»

Cuenta mi mamá que ella, al no saber nada Carlos, subió a Minca en compañía de dos de sus vecinas y amigas, pero no encontró respuestas sobre mi hermano. Entonces decidió poner la denuncia de lo acontecido con mi hermano y en la prensa se publicó su desaparición; a raíz de esto, empezaron las amenazas por teléfono: que nos teníamos que ir del barrio. Pero mi mamá dice que no se fue. Y, ¿por qué hacerlo? Si nosotros no hemos tenido problemas con nadie, toda la vida hemos vivido en este barrio. Al pasar algunos meses, se acabaron las amenazas.

El tiempo siguió transcurriendo. Nueve años después, en el 2011, volvieron a publicar la noticia de la desaparición de Carlos. Para ese entonces, cuenta mi mamá que no se había vuelto a saber nada de María ni de la hija de Carlos. Cuando el Gobierno realizó el proyecto de restitución de víctimas por conflicto armado, llamaron a mi mamá; este proceso continúa, ya que mi hermano sigue desaparecido. Hace cuatro años, en el 2016, tuvimos noticias de mi sobrina, la hija de Carlos. Para ese entonces, decidí acompañar a mi otro hermano y a mi mamá en la visita que le hicieron a María, la esposa de Carlos, para conocer a mi sobrina. Vivían en Maicao, por aquel tiempo. Habían pasado algunos años en Venezuela, hasta que volvieron a Colombia y se instalaron en Maicao, nos contó María,

la que era esposa de Carlos. María, ahora, ya tiene otros dos hijos aparte de mi sobrina y vive con otro señor. Fue una alegría para nosotros conocer a la hija de mi hermano; recuerdo que la última vez que la vi ella era una bebé. Actualmente viven en Fundación. María deja a mi sobrina pasar tiempo con nosotros... ha sido como un consuelo para todos el conocer a Mari, así le digo de cariño, el tenerla con nosotros, así sea por poco tiempo, nos da alegría.

De mi hermano aún no se sabe nada. De Justicia y Paz llaman a mi mamá cuando hay versiones libres de los ex paramilitares que van a declarar, para que asista a la audiencia.

El dolor que hemos sentido a raíz de la desaparición de mi hermano es grande. Todos en la familia nos preguntamos si algún día aparecerá, si está vivo o muerto, qué pasó con Carlos, qué le hicieron, en dónde está. Son muchas las incógnitas que surgen alrededor de la desaparición de mi hermano, pero ninguna resuelta.

Cada día pienso en cómo la alegría de mi familia se cubrió de dolor cuando Carlos, mi hermano, para siempre se fue. ■